Un destacamento que había ocupado la Iglesia de San Pablo no pudo sostenerse y el joven Coronel Daniel Traconis, que con algunos paisanos ocupó la torre de la Merced, fué hecho prisionero por los reaccionarios.

En vista de esto, el General Blanco tuvo necesidad de emprender la retirada.

Carlos, ya incorporado á los rifleros, concurrió al ataque y siguió la suerte de los liberales retirándose con ellos.

## VIII

Gran bulla había en la casa de la Señora Doña Natalia Lizárraga la noche del día de su cumpleaños, en el de gracia de 1858.

Por los balcones que estaban de par en par abiertos, se derramaba la luz de la cuantiosa iluminación de los salones, y se podían ver desde la calle las parejas que los atravesaban bailando.

Una música compuesta de bandolones, bajos, flautas y pistón, al estilo del país, se dejaba oir en la calle que por tal razón se hallaba llena de curiosos.

Aunque á la orilla de la banqueta se veía una hilera de coches, aun llegaban otros conduciendo nuevos convidados.

Descendían las señoras de los carruajes luciendo sus elegantes y profusos vestidos, sus graciosos abrigos y sus cabezas adornadas con flores ó con joyas, según el estado á que pertenecían.

Los espectadores se agrupaban para admirar el lujo de los trajes; pero entre ellos no faltaban algunos que preferían contemplar la belleza de las mujeres, y no desperdiciaban la ocasión de vislumbrar algún lindo pie cuidadosamente calzado, que al bajar ellas del coche hubieran descuidado cubrir.

El claro del patio de la casa había sido cubierto con una vela de lona, del centro de la cual pendían multitud de cordeles, que por el extremo opuesto se amarraban en los barandales del corredor, formando así un pabellón de luz con los globos de colores que iluminados sustentaban.

Con elegantes cajones, sembrados de plátanos ó de naranjos, que alternados producían excelente efecto, se había formado una ancha calle que conducía desde el zaguán hasta el pie de la escalera.

A los lados de ésta, en todos los peldaños, se colocaron macetas de exquisitas flores, y al subir al corredor se había destinado una pieza para depositar en ella los abrigos, sombreros y bastones.



Al movimiento inusitado de la casa, el San Cristóbal que pendía de la pared del descanso de la escalera, parecía abrir desmesuradamente los ojos, como azorado de lo que presenciaba.

Todas las piezas de la habitación de Doña Natalia se hallaban abiertas é iluminadas.

En el comedor había preparada una gran mesa para la cena.

Del lado opuesto, el salón de tresillo, el saloncito verde y la biblioteca, estaban á disposición de la concurrencia; pero con la particularidad, de que había desaparecido el estante que cubría la puerta de la sala de juego, que en aquella vez se ostentaba con todo descaro.

Eran tan numerosos los convidados, que todos los departamentos de la casa se hallaban literalmente llenos.

Mientras los jóvenes bailaban en la sala principal, los que no eran afectos al baile, ó que no tenían compañera, se contentaban con ver desde el gabinete de cristales: otros, más graves, paseaban ó formaban grupos en el corredor, hablando bien de política ó ya de negocios; y los aficionados al juego ocupaban las mesas de tresillo, ó la del monte.

Lacayos decentemente puestos, recorrían todas las estancias, llevando charolas con sorbetes ó con exquisitos licores, dulces y pasteles, que ofrecían á los convidados.

Doña Natalia, que era la señora de la fiesta, cuidaba que los honores de su casa fuesen hechos con toda propiedad.

Tan pronto se la veía en la sala obsequiando á las señoras, como en las piezas interiores vigilando el cumplimiento de sus órdenes.

Ya, en los corredores, pasaba de uno á otro grupo hablando á todos afablemente, ó bien en las salas de juego, en donde felicitaba á los afortunados.

Todos quedaban contentos de ella, y algunos á quienes hablaba al oido adulándolos, manifestaban en el rostro la satisfacción que sentían.

Al parecer reinaba en aquella casa la dicha más completa, porque la mayor parte de los semblantes revelaban contento, y algunos, en los que se pudieran descubir huellas de sufrimiento, pasaban desapercibidos entre la general alegría.

Aunque la sala de Doña Natalia era bastante espaciosa, no podía contener la concurrencia y mucho menos en los momentos

del baile. Fué preciso que la pieza del tocador donde se había colocado la música se pusiera también á disposición de los bailadores, por cuya causa fué necesario retirar á los filarmónicos á la recámara inmediata.

Me perece superfluo describir la sala del baile, cuya fisonomía se asemejaba á la mayor parte de las de su especie.

En efecto, el estrado en derredor, cubierto de multitud de señoras y señoritas vestidas y adornadas con exquisito gusto, y entre las que se veían algunas hermosuras; los huecos de las puertas y balcones ocupados por el sexo feo, que de pie, esperaba ansioso el preludio de la música para sacar compañeras; cierta tirantez y seriedad en la concurrencia; algunas pretensiones de elegancia y buen tono; el adorno de la sala más ó menos lujoso: hé aquí á grandes brochazos el cuadro que presentan la mayor parte de los bailes de la categoría del que daba Doña Natalia.

Es verdad que después de haberse bailado algunas piezas, y principalmente pasada la cena, la concurrencia se anima, y olvidando la anterior seriedad comienza verdaderamente á divertirse.

Yo había entrado en el primer período, y apenas eché un vistazo distinguí enfrente de mí á dos mujeres bastante bellas para que llamaran la atención.

La una, se hallaba en todo el esplendor de la vida, comenzaban á redondearse sus formas, y esto unido á la majestad de su porte, al brillo de sus negros ojos, y al delicado y limpio color de sus mejillas, formaba un conjunto magnífico: era un tipo digno de servir de modelo al mejor pintor.

La otra era una cuasi niña que apenas había entrado en la edad núbil: su cuerpo delicado parecía no poder soportar la menor fatiga; su color apaciblemente pálido, sus ojos azules trasparentes como el cielo, sus abundantes cabellos de un rubio de oro, le daban un aspecto de lo más interesante. Se podía tomar por algún ángel que se deslizara en aquella fiesta.

Las dos bellas hablaban en secreto, siguiendo con la vista á un joven algo moreno, de grandes ojos sombreados por muy marcadas ojeras, de despejada frente y lustroso cabello levantado hacia arriba.

Era necesario que yo me interesara por las personas que acabo de describir, puesto que la magnífica señora era mi querida Clara; la cuasi niña con quien ella hablaba, Pepita Codorniú, y el joven, ni más ni menos que Perico Bardas.



A primera vista comprendí que allí se fraguaba alguna intriguilla y desde luego me propuse saber de lo que se trataba.

Pocos momentos habían pasado cuando la música preludió un wals.

Juan Urdiola sacó á bailar á Clara, y Pepita permaneció en su asiento.

En consecuencia seguí á la pareja, puesto que hallándose Pepita sola no podría averiguar nada con ella.

Mi previsión fué buena. Por la conversación que la pareja llevaba, pude enterarme de que Clara había concertado de antemano con su compañero, que éste la sacara á bailar con el objeto de ayudarle en cierto asunto que traía entre manos.

Después de haber dado dos vueltas valsando al rededor de la sala, Urdiola preguntó: por fin, Clara, ¿cuál es el objeto que usted se propone y en que puedo ayudarle?

Uno muy sencillo, contestó Clara; necesito hablar dos palabras con Perico Bardas; y como tengo la seguridad de que él no me ha de sacar á bailar, ni se acercará á mí, es indispensable que usted le dé una *paloma* con el pretexto que mejor le parezca.

Cuando haya dado algunas vueltas con él, volverá usted á seguir bailando conmigo.

Todo se verificó como Clara lo deseaba: al pasar cerca de Bardas, la pareja cesó de valsar, Urdiola llamó al joven; le habló al oido, y le entregó el brazo de Clara.

Inmediatamente comenzó la pareja á bailar.

Buen chasco le ha dado á usted Urdiola, haciéndole bailar conmigo, Perico; dijo Clara sonriendo.

—No, Clarita, el chasco será sin duda para usted, porque lo que soy yo, me siento en extremo ufano y orgulloso al llevar en mis brazos á la mujer más hermosa de esta reunión.

—Vamos, Perico, esa galantería está por demás; porque prescindiendo de que aquí hay muchas mejores que yo, bastaría que estuviese en la sala la preciosa Pepa, para que usted no hablara como lo hace.

—Pe.....pa.....si.....es linda, no lo puedo negar; pero ¿de qué me sirve su hermosura si ya está destinada para otro?

—¡Siempre el egoismo, Perico! así son todos los hombres: sabe usted que una mujer lo ama, que lo adora, que sufre por usted; pero que circunstancias insuperables impiden que pueda ser su esposa. Usted no se conforma con ser amado; pretende á todo trance que una pobre mujer rompa con su familia, llenándola de duelo; que cause una profunda pena á la madre enferma y an-

ciana, y que abandonando su bienestar y sus relaciones, se lance á la precaria existencia que usted le ofrece.

Y luego ¿para qué? para que se canse usted de ella al poco tiempo, y aumente las penas de la infeliz con los desdenes y los desengaños.

—Convenga usted, Perico, en que los hombres son muy originales. Quieren que las mujeres se sacrifiquen, que se inmolen por ellos sin ofrecerles nada en cambio.

—No, Clara, yo adoro á Pepa y haría cualquier sacrificio por ella.

—Pero, Perico, con franqueza, ¿cree usted poder sostener á Pepa siquiera con la mitad de bienestar que goza con su familia?

—No, Clara, mi suerte, por ahora, no alcanza á tanto; pero tal vez pueda cambiar, y acaso en pocos años me hallaré en posición de sostener á Pepa como ella merece.

—Eso es, usted quiere que la muchacha espere años y felices días, hasta que á la caprichosa fortuna se le antoje colmarlo con sus dones: mientras, la pobre joven envejecerá, usted no progresará ó se cansará de amarla, y quedará mi pobre amiga para vestir imágenes como tanta infeliz mujer que yo conozco. La verdad, Perico, ésta es la exigencia más extravagante que un hombre puede tener.

—Pero, Clara, ¿cómo es posible que un hombre pueda conformarse con ver á la mujer que ama en brazos de otro?

—La culpa la tiene usted en no poder proporcionar á su amada lo que ella necesita para vivir, al menos como está acostumbrada; y la tiene ella, por no haber nacido en una esfera más humilde.

—Por lo mismo, el único remedio es procurar olvidarla, sufriendo con resignación los dolores consiguientes.

—¡Famoso remedio! y mientras, que la pobre se consuma, que se muera de amor, sin esperanza; al fin á usted qué le importa.

—Pero, Clara, por Dios, ¿qué es lo que en semejante caso se puede hacer?

—Cosa muy natural; amarse á pesar de cuantos obstáculos é inconvenientes se presenten; no querer trastornar el curso de las costumbres, y con el fútil pretexto de amarla mucho, hacer desgraciada á una mujer.

¿No es más hermoso sentirse amado cuando el objeto querido tiene que vencer mil estorbos para probarnos su cariño?

—Clara, Clara, lo que usted me dice es terrible.... pero... bien visto, puede ser que tenga usted razón.



—No hay más remedio, amigo Perico; cuando las condiciones de los amantes son de tal naturaleza que su unión legal es poco menos que imposible, no queda otro recurso.

Por ahora lo que interesa es no perder el tiempo. Pepa ha reservado para usted la primera danza, sáquela á bailar, conténtela, desagráviela, tenga con ella una franca explicación y arreglen bien sus asuntos.

—Está bien, Clara, así lo haré.

En esto apareció Juan Urdiola, reemplazó á Perico y siguió bailando con Clara hasta que la música dejó de tocar.

Aquella conversación que acababa de oir me llenó de pena: aunque algo conocía de las teorías filosóficas de Clara sobre el amor, no podía acostumbrarme á oír de los labios de la que parecía un sér superior, palabras tan desconsoladoras como las que había proferido.

Estoy cierto que si cuando en el mundo vivía, hubiese escuchado la conversación de Clara y Perico Bardas, me habría curado radicalmente de mi pasión; pero en esta vez me contenté con refugiarme en el recuerdo de la sin igual Amparo, que no dudaba estaría pensando en mí.

Perico sacó á bailar á Pepita, y al compás cadencioso de la danza se entregaron sin recelo á la más tierna conferencia de amor.

Desgraciadamente no se habían inflamado sus corazones con un amor ideal como el que sentían Anita Bullanga y Carlos Peñas quizá, sino que se entregaban á las frenéticas ilusiones y á las ardientes esperanzas de una pasión puramente mundana.

Pepita juraba que su corazón no tendría otro dueño sino Perico, y que el sentimiento profundo de amor que por él experimentaba sería constante, aun cuando compromisos de familia la obligasen á entregar su mano á otro hombre.

Perico dudaba de aquel amor expresado con tanto ardimiento; no se conformaba con que su amada perteneciese á otro; pero al fin y al cabo, hubo de convencerse de que insistir en su exclusivismo sería perderlo todo: convino, pues, con Pepa, en amarse á pesar de cuantos obstáculos se presentasen; y por lo pronto, que aquella noche bailarían cuanto pudieran.

Si la filosofía de Clara me había repugnado, siendo ella una mujer de mundo que se aproximaba á la madurez; el pacto celebrado entre Pepa y su amante, me causó una impresión dolorosa y repugnante.

Era para mí un contraste terrible hallar en un cuerpo tan de-

licado y bello, encerrada una alma con propensiones tan groseras y egoistas.

Otras escenas que presencié en la sala del baile me llenaron de desencanto, y eso que la experiencia adquirida podía haberme acostumbrado á cosas semejantes.

Dejé, pues, el salón con objeto de visitar los otros departamentos de la casa; pero recordando á Espronceda, no pude menos de exclamar:

"¿ Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentida ilusión de niño
Que halagó mi juventud."

. . . . . .

y luego:

"Mujeres ví de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse ví, y en lodo y podredumbre."

No fuí, por cierto, más afortunado en mi expedición por los otros aposentos de la casa de Doña Natalia.

Desde luego hallé en un ángulo del corredor, en sabrosa plática, á dos antiguos conocidos. El uno, de estatura regular, con un abdomen que comenzaba á abultar la edad, moreno, de pelo crespo, con brillantes ojos negros, con nariz un poco roma, con labios algo abultados que dejaban ver dos hileras de dientes blancos, limpos y parejos. Tenía toda la cara rasurada, vestía casaca y pantalón negro, chaleco blanco, corbata de fino cambray con puntas ricamente bordadas, y camisa con vuelo encarrujado, adornada con tres magníficos solitarios que brillaban como estrellas.

Aquel hombre se inclinaba frecuentemente al hablar con su interlocutor, y para cada una de las palabras de éste tenía una sonrisa de aprobación. Era el tipo del cortesano sin pudor.

El otro sujeto, vestía con elegante sencillez el traje de baile, y en toda su persona revelaba una afectada gravedad, dique infranqueable que oponía á todo trato íntimo.

El primero tenía la palabra y se expresaba así:

Decía, señor Don Severo, que no creía que la situación política actual pudiera prolongarse por mucho tiempo; y que nuestro partido se halla amenazado de una catástrofe próxima.



No negaré, señor Don Braulio, contestó el segundo, que nos hallamos rodeados de serias dificultades; pero juzgo que aun quedan muchos recursos que tocar antes de sucumbir.

—Aunque admiro, como debo, la vasta y por todos reconocida capacidad de usted, y esto podía ser suficiente para tranquilizar mi espíritu, como no estoy iniciado en los secretos de la alta política, en los que usted puede fundarse para hallar todavía remedios que aplicar á nuestros males, no puedo menos de temer por la suerte de nuestra causa. Usted ha visto que últimamente los liberales parece que han hallado el secreto de la victoria. La toma de Guadalajara, la derrota de Márquez, y lo que es peor, la de nuestro hasta ahora invencible Miramón, son síntomas terribles que no pueden menos que alarmarnos. Con otra derrota como la de Silao nuestra ruina me parece segura.—

—No puedo negar que cuanto usted ha dicho es verdad; pero tampoco puedo convenir en que nuestra situación no tenga remedio.—

—Desearía yo saber en lo que funda usted sus esperanzas para reanimar las mías.—

—Mire usted, Sr. D. Braulio, voy á ponerme en el peor caso. Figúrese usted que Miramón vuelve á ser derrotado, completamente derrotado, de manera que no le quede un sólo hombre; y que en consecuencia los *puros* entran en la capital. De dos cosas, una: ó los liberales indultan al ejército ó lo disuelven. En el primer caso, contaremos siempre con elementos para levantarnos en ocasión favorable; en el segundo, los dados de baja saldrán al campo, formarán guerrillas que vivirán sobre el país, y entonces los liberales lucharán con las mismas dificultades con que nosotros hemos luchado.—

—Escucho á usted, Sr. D. Severo, con la atención y con el placer de siempre, conviniendo ser cosa natural que á su alta penetración no se escaparía el dilema que con tanta exactitud como sabiduría acaba de plantear, y que á no dudarlo se verificará. Pero tampoco puede ocultarse á la perspicacia de usted, que una guerra semejante á la que propone, no podremos prolongarla largo tiempo.—

—Con que durante un año nos sostengamos en el campo, nos habremos salvado.—

—No alcanza, por cierto, mi insuficiencia á descubrir los medios que deberán producir nuestra salvación; á menos que un milagro de Nuestro Señor..... ó un auxilio de afuera.....

—¿Y por qué no ha de venir?—

—A la verdad.... yo.... desconfío. He visto que la Europa ha tratado siempre nuestros asuntos con la mayor indiferencia, y creo que ahora como antes.....—

—Ahora es diferente, Sr. D. Braulio, las cosas están muy adelantadas y no debe usted dudar que de allí nos vendrá el remedio.—

—No puedo tener duda, puesto que una persona tan caracterizada y tan comprometida como usted, me lo asegura con tanta formalidad; empero, la noticia es de tal magnitud, que á la verdad cuesta trabajo consentir en ella.—

—Usted sabe, Sr. D. Braulio, que toda mi fortuna se halla comprometida en el negocio Jecker; y ciertamente no me vería usted tan tranquilo, si no tuviera probabilidad, mejor dicho, seguridad de que tendremos auxilio pronto y eficaz.—

Don Rufo Acuña, que en este momento se acercó saludando, obligó á los caballeros á mudar de conversación, y á mí, que estaba indignado por lo que oía, á buscar otro lugar más propicio.

En la sala de tresillo hallé mucha animación: en una de las mesas jugaban Don Homobono Miravales, Don Quintín Buscavidas, Don Lorenzo Petaca y el Conde de Peñahendida.

El Conde acababa de dar el décimo octavo codillo. Doña Natalia, que se había detenido á ver el juego, se inclinó y en voz baja le dijo: señor Conde, tenga usted piedad de sus competidores; esta noche ha estado usted terrible, no los ha dejado ni respirar.

El Conde, muy afable y risueño, contestó: Natalia, no exagere usted, apenas he ganado unos cuantos juegos.

—¡Unos cuantos, y todas las fichas han pasado á su poder!

—No niego que me ha dado un poco la suerte.

—No, señor Conde, no es la suerte, es que en el tresillo no tiene usted rival.

El Conde se había hinchado diez pulgadas.

Luego, dirigiéndose á Miravales, Doña Natalia le dijo al oido: ¿qué negocio tendrán ustedes con el Conde que así se dejan ganar?

—No es nada de importancia, Natalia; pero ya usted sabe que cuando el Conde no gana se desespera.

—No lo niego; pero usted es demasiado veterano para dejarse ganar sin tener ningún interés, lo mismo que su amigo Don Quintín.

—No es nada de importancia, Natalia; se lo aseguro á usted.

Don Homobono quedó con esto muy ufano en su asiento.



A Buscavidas también le dirigió la señora de la casa una lisonja que lo dejó contento.

De la sala del tresillo pasé á la del monte.

Los que se hallaban al rededor de la mesa se mostraban tan serios, tan silenciosos y atentos, que parecían ocupados en la resolución de un problema de vital interés.

Tan impasibles se mostraban á las veleidades de la caprichosa fortuna, que hubiera sido difícil conocer quiénes eran los dichosos, quiénes los desgraciados.

El oro circulaba con celeridad, cada jugador tenía delante de sí un montón de monedas y había algunos que tenían gran cantidad.

Jugaban unos metódicamente, contentándose con ganar poco: otros ponían á una carta cuanto tenían, si ganaban retiraban el duplo de lo que ponían, y si perdían se quedaban tranquilos como si nada hubiera sucedido.

Puntualmente en el momento en que yo entraba en la sala, dos jugadores acercaban todo el dinero que poseían á cartas contrarias. Al correrse el albur, Silueta, que era uno de los jugadores, retiró doblada su parada; Carrasquedo, que era el otro jugador, dejó lo que había apostado y se levantó de la mesa.

General, le dijo el montero, si necesita usted más oro, la caja está á su disposición.

Gracias, contestó el General, voy á tomar un poco el fresco, si acaso, después volveré.

¿Cuánto lleva perdido Carrasquedo? preguntó á Mijes uno que estaba á su lado. Cinco mil pesos, de los cuales la mayor parte son de la caja, contestó Juanito.

En el saloncito verde, á donde hice mi última excursión, formaban tertulia algunos caballeros serios: entre ellos había varios de respetable edad, como el Marqués del Laberinto, Don Federico Camaleón y el señor de Campo Humbrío, y otros aún jóvenes como Fabián Corrales.

Allí se murmuraba de lo lindo; de los hombres públicos, de los particulares, de las mujeres alegres y de las señoras honradas; en fin, de todo.

¿Qué podía yo haber aprendido que fuera de provecho en aquella reunión? Nada, ciertamente, y por esto, y por tener que ocurrir á ciertas aventuras que debían realizarse en aquella madrugada, salí á la una de la mañana de la casa de Doña Natalia, precisamente en el momento en que comenzaban á servir la cena.